

de la Teología (la Teología fundamental, la Antropología teológica, etc.), bien integrándolas en los temas posteriores (por ejemplo, la inhabitación en el estudio de Dios Trino como coordenada de la vida espiritual). Suponemos que el autor ha seguido su criterio fundado en la necesidad de una explicación de estos temas desde la Teología espiritual, entre otras razones.

En cuanto a las coordenadas, que nosotros preferimos llamar fundamentos, nos parecen correctos y bien escogidos; cabe decir que el tema de la realidad mundana y el de María podrían haberse insertado dentro del más general de la Iglesia, lo que, sobre todo para el segundo —la figura de Santa María en la espiritualidad—, estaría en consonancia con la integración que el Concilio hace de la Virgen en *Lumen Gentium*. De nuevo una cuestión menor y de diferencia de criterios que no va más allá ni desdice del conjunto del manual.

Finalmente, por lo que se refiere al itinerario de vida espiritual, podría haberse diferenciado entre itinerario propiamente dicho y dinamisismos de éste, para una mayor claridad. Por lo que se refiere a los temas escogidos y a su tratamiento nos parece acertado y muy brillante, en el tono de profundidad y rigor del libro, y bien trabado. Puede disentirse puntualmente del modo o forma de tratamiento de algunas cuestiones, pero no se puede negar de modo alguno la calidad de la exposición ni su coherencia teológica y sistemática.

Es por ello que el volumen que hemos presentado cumple sobradamente las expectativas marcadas. Es, con mucho, un buen manual, que ayudará a alumnos y profesores a configurar la asignatura de Teología espiritual y a exponer y comprender sus contenidos. No huye en ningún momento del sano debate teológico en las cuestiones abiertas con otros autores y manuales; así, por fin, creemos que constituye una referencia excelente para el acercamiento a la Teología espiritual. Lamentamos que no incluya una presentación de la bibliografía más sistematizada, pues sólo se da cuenta de ella en las notas, y eso dificulta un trabajo de primera aproximación.—EMILIO J. MARTÍNEZ GONZÁLEZ.

## HISTORIA DE LA IGLESIA

BURRIEZA, JAVIER, *Valladolid, tierras y caminos de jesuitas. Presencia de la Compañía de Jesús en la provincia de Valladolid, 1545-1767* (Diputación de Valladolid, 2007), 327p., ISBN: 978-84-7852-251-4.

Los jesuitas han sido siempre objeto de interés y de estudio, a favor y en contra. Desde hace algunos años en varias universidades españolas, además de en los centros universitarios jesuíticos, existen investigadores y grupos de investigación que se centran en la historia de la Orden de San Ignacio en España. Uno de ellos es el profesor Javier Burrieza, de la Universidad de Valladolid. Pese a su juventud ha publicado ya

más de una docena de artículos acerca de este tema. Se ocupó también de la historia de la antigua Compañía, la anterior a la extinción, en la más moderna historia de la Orden en España, dentro de una obra colectiva, dirigida por T. Egido y en la que colaboró también M. Revuelta. Ahora, él sólo, presenta los escenarios y los actores de la actividad jesuítica desde la entrada de los jesuitas en Valladolid (1545) hasta su expulsión de España (1767).

Tras su aprobación por Paulo III (1540), los jesuitas habían entrado en España, aunque en años anteriores algunos ya habían pisado la piel de toro, además de Ignacio, Fabro y Araoz. Era natural que, entre otras ciudades, se interesasen por Valladolid, que en varias ocasiones había sido sede de la Corte española (y lo volverá a ser entre 1601 y 1605), aunque desde 1559, Felipe II, pese a haber nacido en la ciudad del Pisuega, trasladó la Corte a la Villa de Madrid. Este estudio obtuvo en 2005 el primer Premio de Investigación auspiciado por la Diputación Provincial de Valladolid por su indudable calidad y por el temario, vallisoletano.

A lo largo de ocho capítulos, el autor va recogiendo los lugares y las personas que van haciendo realidad la presencia jesuítica en la ciudad castellana. Dedicó las primeras páginas a una presentación de la novedad de la Compañía de Jesús. Burrieza no es jesuita, aunque sabe mucho de ellos. Resulta interesante comprobar cómo ve a los miembros de la Orden. Obviamente sus conocimientos son desde fuera, a través de archivos y fuentes documentales. No puede ser de otra manera, habida cuenta de que está historiando tiempos pasados. Creo que la lectura que hace de los documentos es en alguna ocasión demasiado literal. Por ejemplo, la uniformidad nunca fue un ideal en la Orden, pese a que algunos textos lo puedan sugerir. Pero son más los que, en la mente de San Ignacio, potencian la adaptación a «los tiempos y lugares» y al discernimiento de las posibilidades de cada uno. Pese a esto, la presentación que se hace de la Compañía es acertada, ecuánime y necesaria para entender lo que viene después.

Tras este marco inicial vienen seis capítulos, que en realidad son seis monografías sobre los diversos domicilios jesuíticos en la capital y provincia castellana en los tiempos de la antigua Compañía. El primero se dedica a la Casa Profesa que, con el tiempo, como señal de una evolución que se da en la universal Compañía, se convertirá en Colegio de San Antonio, que más tarde tomará el nombre de San Ignacio. A propósito de estos años iniciales se tratan con precisión los diferentes puntos de vista de Araoz, Nadal y Francisco de Borja respecto a la admisión de nuevas fundaciones. Otro capítulo se centra en el Colegio de San Ambrosio, el centro académico jesuítico de más prestigio en la ciudad. Aparece la figura del P. Luis de La Puente, que estará presente también en otros capítulos, y la repercusión en San Ambrosio de la controversia *De Auxiliis*.

Saliendo de la capital, se presta atención a la presencia de los jesuitas en una ciudad de reconocida importancia por sus ferias: Medina del Campo. Fue muy variada la actividad de los jesuitas que pasaron por ella. Lo primero que hicieron fueron ministerios sacerdotales, predicando, descalzos y sin bonete, en la Plaza Mayor, en medio de la feria. Más tarde, siguiendo la tendencia general, abrieron un Colegio, en el que estudió San Juan de la Cruz. No fue tampoco exclusiva de Medina la oposición de parte del clero, como tampoco la abundancia de vocaciones. En esta ciudad comercial los jesuitas ejercitaron lo que, desde nuestra perspectiva de hoy, llamaríamos «casos de conciencia», que interesaban a los mercaderes (fruto de las enseñanzas de

los jesuitas que pertenecieron a la cercana «Escuela de Salamanca») y apostolado social. Durante algún tiempo estuvo aquí establecido el noviciado de la Provincia de Castilla, pues la inicial Provincia de España (1548) dio paso en 1554 a tres provincias (Castilla, Aragón y Andalucía) y en 1562 la primera se desgajó para que se formase la Provincia de Toledo. Medina, por su condición de ciudad de intercambios, fue una buena plataforma para extender ampliamente la labor jesuítica, pues los mercaderes contaban al volver a sus tierras, lo que habían visto y oído.

Otra casa jesuítica, famosa y conocida, es estudiada más tarde: Villagarcía de Campos. Se destaca con justicia el apoyo de doña Magdalena de Ulloa, viuda de don Luis de Quijada, educadora del bastardo «Jeromín», don Juan de Austria. La casa cumplió funciones diversas: noviciado, colegio, centro de estudios de latinidad de altura, con imprenta y buenas colecciones. A propósito de este enclave jesuítico se aborda la cuestión de si existe un estilo artístico jesuítico y se mencionan entre otros al P. Baltasar Álvarez y, en otro sentido, al «desterrado» P. Isla, al que benignamente se califica, siguiendo al P. Luis Fernández, de «excelente jesuita».

Villagarcía fue durante un tiempo noviciado. Tras explicar el sentido de esta etapa de formación para los jesuitas, el autor describe, en otro capítulo, los diversos emplazamientos que tuvo el noviciado castellano en pocos años. De Simancas pasó a El Villar, luego a Medina, más tarde a Villagarcía, aunque volvió a Medina por un año. Fueron variadas las razones de estas mudanzas. Sin duda Villagarcía fue el noviciado más emblemático. Basándose en el conocido libro *Las Prácticas de Villagarcía*, se describe la vida externa de los novicios, sin duda significativa, pero menos importante que la impronta espiritual de los *Ejercicios* y de las otras pruebas que concibió San Ignacio para esta primera etapa de la vida jesuítica. Sin ellas se llega sólo a una visión parcial y superficial de esta vida, calificada por algún autor jesuita como «mundo al revés».

Una obra especial cierra la visita a los centros jesuíticos en la provincia. Se vuelve con ella a la capital. Es el Colegio de San Albano de los ingleses. Según el modelo del Colegio Germánico de Roma, los jesuitas españoles ofrecieron a jóvenes provenientes de Inglaterra la oportunidad de formarse en la teología segura y ortodoxa para que, ya sacerdotes, volviesen a su país de origen. Eran obvias las dificultades de la empresa. En los años cercanos a la Armada Invencible, cuando Felipe II reclamaba sus derechos al trono inglés, los naturales de aquellas tierras no eran bien mirados por el pueblo y tampoco por la Inquisición, que recelaba presuntos herejes en ellos. Tampoco los veía obviamente con buenos ojos la Reina Virgen, Isabel I. A estas dificultades se sumaba la de acertar con una disciplina demasiado castellana y no tan adaptada a mentes de las islas, de la que se derivó el paso a monasterios benedictinos de algunos candidatos, y dificultades académicas y de convivencia. Con todo fue obra audaz y de fruto —se la llegó a describir, con evidente hipérbole, como la más gloriosa obra que ha habido desde los apóstoles en la Iglesia de Dios— y fue escuela de mártires.

El último capítulo se destina a los bienhechores que hicieron posible la fundación de colegios y casas. Se ha ido hablando de ellos a propósito de cada fundación, pero ahora se establecen sus diversos tipos, las facilidades o exigencias respecto a los jesuitas, la recompensa material (privilegios) y, sobre todo, espiritual, que recibieron. Es justo que en un libro de jesuitas se pase revista a quienes hicieron posible la actividad

de los padres con sus bienes y su influencia (la regente doña Juana de Austria, la única mujer que emitió los votos jesuíticos) o con su adhesión devota: Marina Escobar, además de doña Magdalena de Ulloa, Diego Romano, Pedro Cuadrado, Rodrigo de Dueñas, el comendador Juan Mosquera de Molina, María de Velasco y Aragón...

A lo largo de este retablo de casas y obras jesuíticas, desfilan como es natural muchos miembros de la Compañía. Además de Araoz, Nadal y Borja, Luis de la Puente, Baltasar Álvarez, Alonso Rodríguez, Francisco de Isla y tantos otros ofrecen un mosaico variado de tipos de jesuitas, semejantes en su espiritualidad, ideales y motivaciones y, a la vez, bastante distintos en su estilo, carácter y forma de actuar. Todos cabían dentro de una Compañía en crecimiento, animosa y emprendedora. La portada del libro *Imago primi saeculi* (1640), que se reproduce en la portada y contraportada de esta obra, refleja en buena parte la actitud de los jesuitas iniciales y explica algunas de las dificultades que sufrieron y su expulsión de los dominios de Carlos III en 1767.

La abundante bibliografía que jalona las notas numerosas y se presenta al final, junto con la documentación archivística empleada muestra el trabajo paciente y riguroso que late tras cada monografía. El autor muestra que su saber está bien fundamentado y tiene la habilidad de guardar un justo equilibrio y una meritoria objetividad. Su libro no es apología ni panfleto denigratorio de los jesuitas de estos años. Con evidente simpatía hacia su quehacer, ha sabido mantenerse en una postura fundamentalmente histórica.—RAFAEL M.<sup>a</sup> SANZ DE DIEGO, S.J.

CÁRCEL ORTÍ, M.<sup>a</sup> MILAGROS, *Visitas pastorales y relaciones ad Limina. Fuentes para la geografía eclesiástica* (Asociación de Archiveros de la Iglesia en España, Oviedo 2007), 369p. + cuatro mapas plegables, ISBN: 978-84-611-5276-6.

Hace ya diez años (1997) la Asociación de Archiveros Eclesiásticos de España celebró en Sevilla su XIII Congreso, dedicado principalmente al estudio de las visitas pastorales que los obispos debían obligatoriamente realizar. En la práctica las dificultades de terreno y climáticas —con frecuencia estas visitas no se podían físicamente realizar en invierno por la intransitabilidad de los caminos o eran muy difíciles en los meses del estío— retrasaban más de lo debido estas visitas y no era infrecuente que pasasen más de quince años sin que los pueblos más aislados recibiesen la visita de su Pastor, aunque a veces las realizaban delegados suyos.

Sobre la base de estas visitas se elaboraban las relaciones *ad limina* que cada obispo debía preparar cada cuatro años en su visita a Roma. También aquí las condiciones de cada Prelado y del Papa y los Estados Pontificios ralentizaban este ritmo cuatrienal, imposible de mantener siempre. Las relaciones modernamente son más uniformes, desde que la Congregación del Concilio impuso un cuestionario que todos los obispos debían responder.

El idioma empleado en las relaciones *ad limina* es casi siempre el latín, más elegante y rebuscado en unas épocas y más decadente en otras. En cambio, las memo-